

"Le souffle au coeur"

Resulta sorprendente comprobar los criterios por los que se ha regido la estrecha, caduca, autoritaria y castrante censura española. Ahora que los nuevos giros van permitiendo acceder a los títulos retenidos por dicha censura durante años, a uno se le cae la cara de vergüenza. No es de extrañar que de alguna u otra manera los españolitos medios seamos unos enfermos mentales. Se nos ha impedido de una forma "pertinaz" cualquier acercamiento adulto y sano a la vida. Y una prueba de ello la tenemos en este momento con el estreno —ocho años después— de una de las películas que más pudieron sorprender e interesar a los europeos de 1970, "Le souffle au coeur", prohibida entre nosotros e incluso con algún juicio contra un periodista español —el auténtico y antiguo mister Belvedere de "Nuevo Fotogramas"— por haber hecho un comentario apasionado de la película, es una de las más frescas, tiernas, críticas y hasta crueles crónicas realizadas en el cine sobre el mundo de la adolescencia. Lo que ocurre con la película de Louis Malle es que ha eludido los tópicos habituales, las ternuritas falsas que contemplan el mundo del adolescente bajo la óptica burguesa de los buenos sentimientos y la "poesía". En su lugar, Louis Malle propone una visión ácida y real de las turbaciones, conflictos, obsesiones y revueltas de esa etapa de la vida sin necesidad de recurrir a una generalización de su caso con el de todos los que por edad puedan relacionarse con él. La vida del joven Laurent es única en sí misma, irreplicable y, sin embargo, al narrarla se cuenta al tiempo con la posibilidad de establecer

una panorámica sobre toda una generación francesa —la que hoy tenga treinta y tantos años—, con el mundo entrañable del descubrimiento literario de Camus, político con la guerra de Indochina, sexual con los guateques rockanrolleros.

Es en esa perspectiva sexual —la que lógicamente más pesa e importa en esa edad, y sin duda también en muchos de los años posteriores— donde Malle coloca las inquietudes inmediatas de su personaje. En la realidad última del incesto —sueño consciente o no de tantos de nosotros (comentario aproximado más arriba a mister Belvedere)—, el joven Laurent realiza plenamente su sexualidad. Situación que, sin embargo, no forma el tema único de "Le souffle au coeur" por mucho que en este sentido diversos críticos se hayan esforzado. La vía del escándalo no es la propia de Malle; en su lugar, habría que hablar de la enorme sensibilidad y el incisivo sentido del humor que a lo largo del tiempo de proyección van desprendiéndose de "Le souffle au coeur". Película que debe verse, incluso repetidas veces, para ir gozando y dejarse inquietar por unas imágenes, por unas situaciones dramáticas, que van lentamente forjando la panorámica de la película. Panorámica en la que hay muchas cosas de nosotros (seamos o no franceses), hasta el punto de conseguir turbarnos profundamente.

Turbación que nace al contemplar cómo Malle describe, lúcida y objetivamente, los mecanismos represores de la cultura burguesa, las hipócritas relaciones sexuales que se establecen en torno a la vida de quien va iniciándose en el descubrimiento de sí mismo y de su entorno. Los términos exactos de la vida de Laurent, las referencias familiares, las de sus

amigos, las que en definitiva definen todo un sistema social, son indiscutibles y, lógicamente, reconocibles. A través de ellas, su crónica deja de ser intimista para alcanzar el grado de documento. De un documento que no deja de ser emocionante y espléndido. ■ DIEGO GALAN.

JAZZ

Rahsaan, Rahsaan

Mil novecientos setenta y siete ha sido un año en el que muchas lumbreras del espectáculo han fallecido; ello ha sido comentado con amplitud por los medios de comunicación. Menos ruido han levantado las desapariciones de importantes músicos de "jazz", aunque no han sido menos numerosas. Me hice eco en lo que pude de las de Erroll Garner, Julius Watkins y Paul Desmond; por retraso, despiste o resistencia a reiterar la desahogada posición de necrólogo omití los obituarios de otras cuantas figuras más; así de primeras recuerdo a Hampton Hawes, pianista inquieto y cerebral; al excelente trombonista Bennie Green; a Milt Buckner, coloso del swing, organista de inimitable sentido del humor; al exquisito y minusvalorado Sonny Criss; en fin, a Ethel Waters, Richie Kamuca, George Barnes...

Ahora llega la noticia del fallecimiento de Rahsaan Roland Kirk. Encomiable por su lucha contra la inferioridad física, representada en su caso por una ceguera sobrevenida durante la infancia; encomiable asimismo por sus esfuerzos para dominar toda suerte de instrumentos musicales e incluso, lo que contribuyó fundamentalmente a su renombre, dominarlos a la vez, Roland Kirk ha hecho de toda su carrera —corta carrera, truncada antes de los cincuenta años— un camino hacia la trascendencia. Su "jazz" quería tener todo el "jazz"; su ideología, todas las ideologías. En consecuencia, acababa por resultar demasiado



Roland Kirk.

exuberante. Manejaba más mitos que instrumentos —lo que ya es decir—; expresaba más tópicos que ideas; más pirotecnias que música.

Era, eso sí, una fuerza de la Naturaleza. Mermado por distintas enfermedades, podía sin embargo con quien se le pusiera por delante a la hora de hacer sonar toda la pintoresca colección de artilugios que llevaba colgada del cuello. Para ese torrente de sonidos absolutamente indescriptibles los críticos, ávidos de taxonomía, inventaron un rótulo: "Nuevo expresionismo". La verdad es que es una buena denominación: abarca lo que las actuaciones de Kirk tenían de espectáculo más que musical, y recuerda su herencia mingusiana. Además, es adecuada para despedirle. Así pues, digamos que muere un "nuevo expresionista", un músico "importante", una figura cuya exuberancia tal vez nos haya dejado un poco sin armas a nosotros, blancos. Por más que su música nos haya llega-



"Le souffle au coeur", de Louis Malle.

do, posiblemente por el aquel del exotismo que rodeaba su presentación, más que las de otros colegas suyos. Aparte de por la vía indirecta que supone el mayor o menor reconocimiento obtenido por sus muchos imitadores —ha sido muy copiada sobre todo su forma de tocar la flauta—, se ha podido oír a Roland Kirk aquí en persona en el Festival de "jazz" de Barcelona; también en TV, a través del programa "Jazz vivo", de grata memoria para los pocos que lo seguimos. Por lo que se refiere a discos, tal vez algún insistente encuentre "Gifts and messages" (Fonogram) y el doble "The art of Raahsaan Roland Kirk: The Atlantic years" (Hispanvox); si no se cansa, puede perseguir también las apariciones de Kirk en "The art of Charles Mingus: The Atlantic years" y un volumen de la serie "Newport in New York" (ambos Hispanvox): son todos álbumes excelentes, pero me temo que llevan tiempo descatalogados. Quien no quiera perder tanto tiempo podrá encontrar fácilmente en la serie "That's jazz" (Hispanvox), de reciente lanzamiento, el disco "The inflated tear": además de perfectamente representativo del quehacer de Kirk es, a juicio del que esto escribe, la mejor grabación que este singular músico realizó en los años sesenta, precisamente una de sus mejores épocas. ■ J. R. R.

MUSICA

Operas para el nene y la nena

Si usted, lector, es de aquellos que ciertos jueves de infausta memoria, al comprobar que en la TV en lugar del consueto film le echaban "Fidelio", juró en hebreo y apagó violentamente el aparato, no se merece usted el pan que come, por inculco y poco fino, y la única disculpa que le cabe es que es usted otra víctima más del franquismo represor. Pero no se preocupe, que si usted no tiene ya remedio, no va a ocurrir lo mismo con sus hijos: para ellos, nuestra benemérita administración cultural ha arbitrado un amplio programa de divulgación —todos los programas de divulgación son amplios— que se intitula "Opera para la juventud", y que ha comenzado recién, como dicen los argentinos, con

una representación de "Los cuentos de Hoffman", de Offenbach, en el teatro de la Zarzuela.

¿Qué ha inspirado el proyecto? Le diré: se pueden ver detrás muchas cosas, y la primera que yo veo es el deseo que todo aquel que acomete una labor política tiene de, al final de lo que en esos terrenos se llama "su ejecutoria", clarificar ésta de la manera más irrefragable, que es echando mano de los números. Quiero decir que todo esto que ahora se inicia acabará resumiéndose en que sus responsables esgrimirán al final argumentos como "a lo largo del ciclo han pasado por el teatro de la Zarzuela tantos miles de jóvenes", de la misma manera que sus equivalentes en el Ministerio de Industria dirán "a lo largo del presente año hemos producido tantos miles de toneladas de acero", o los de Comercio se defenderán diciendo que han exportado tantos miles de botijos.

Lo que vaya al margen de la cantidad ya es más problemático. Yo recuerdo que en mis años de escolar se hizo algo parecido a esta historia que hoy comento, y se llevaba a los alumnos a unos conciertos sinfónicos tan adecuados para la juventud como, por lo visto, van a ser ahora las óperas del nuevo ciclo. Un servidor la verdad es que fue a pocos y de rondón, porque a los de nuestro colegio no nos llevaban. He de confesar que la esperanza que me animaba a acudir a aquellos actos era que, como también iban colegios de chicas, a lo mejor tenía suerte y me tocaba al lado de una que se diera bien, dentro de lo mediocrementemente que por entonces se daban estas dulces criaturas; y no pienso que yo fuera en esto la excepción a la regla, porque la verdad es que algunos amigos míos sacaban del asunto unos planes bastante aceptables, y los que no, pues se morían de envidia, aparte, claro está, de correrse un puro monumental. No creo que muchos de ellos puedan hoy tararear la obertura de "El barbero de Sevilla".

Total, que a esos resultados aberrantes es a lo que suelen llegar las llamadas "políticas de difusión". Pero entonces, ¿es que no hay manera humana de hacer una política cultural? Pues claro que sí, hombre, claro que sí. Hay que partir de la base de que entre treinta y tantos millones de personas, como dijo aquel, "hay gente pa tó": hasta para la cultura y para la ópera. La cuestión es saber quiénes son, cómo son y qué quieren, y si lo que quieren se les puede dar, pues se les da: del asunto de la difusión ya se encargarán ellos por la cuenta

que les trae. En resumen, que aquí, donde el ciudadano vuelve todos los días a casa cansado, baqueteado y jorobado y encima ni siquiera tiene luego una noche Avianca, no hay más política cultural que la que se deje de paternalismos y de presumir las necesidades de la gente y lo que haga es darle a ésta lo que pide en la medida en que sea posible —y si no lo es completamente, pues mejor, porque eso indicaría que aún no se le han acabado de poner puertas al campo, que aquí va a terminar habiendo una Dirección General de Erotismo—. Total, que a quien quiera ópera, pues ópera para él, y a quienes quieran fútbol, una señora o un telefilm de Starsky y Hutch, pues fútbol, señora y telefilm para ellos. Que a lo mejor luego al cabo de los años resulta que tienen razón, como la tenían los que se lo pasaban de bigote con Humphrey Bogart y Rita Hayworth mientras a los listos se les caía la baba cultural con "El ladrón de bicicletas". ■ JOSE RAMON RUBIO.

CANCION

Moris o la invención de Madrid

Cuando a cierto conocido hombre de letras le preguntaron



Moris.

qué era lo que más desearía ser en este mundo, contestó: "Extranjero". Al margen de la aparente boutade, y de la sorna implícita en esta respuesta, tenía razón. El extranjero ve el país donde habita, y que no es donde ha nacido y se ha criado, con ojos nuevos; ve cosas que los nativos no advierten, por estar acostumbrados a ellas o por haber desarrollado una especie de ceguera que no me atrevo a calificar de histórica, condicionada por la costumbre. Moris es extranjero y cantante de "rock"; se trata de uno de esos sudamericanos que nos están devolviendo con creces la cultura y una cierta sabiduría que los españoles, un poco con la colonización y un mucho más, a mi entender, con el exilio, les prestamos. Ahora, exiliados argentinos, uruguayos, chilenos, nos traen enriquecida y dolorosa, la experiencia del exilio y la sabiduría de una cultura paradójicamente más "europea" que la nuestra.

Moris, decía, es un cantante de "rock" —argentino, creo— que se pasea por Madrid desde hace algún tiempo. Canta en el bar "Chaou", en la calle de Héroes del Diez de Agosto; en una especie de cave muy pequeña, donde apenas caben veinte personas, tapizada con una horrible tela de dibujos geométricos. Toca solo, y con singular maestría, una guitarra eléctrica armada de pedales, a la que saca, ayudado tan sólo por un joven técnico de sonido que cumple muy bien su función, sonidos sorprendentes, dignos de un Hendrix. La primera vez que le vi he de reconocer que no me gustó: tocaba entonces en el salón de actos de un colegio mayor, y me pareció que su estilo pecaba de un cierto fascismo, de una cierta imposición al público de su propio rollo que, pese a ser una postura muy rockera, no deja de ser algo anti-pática. Por eso mostré cierta resistencia a irle a ver al local donde trabaja ahora. Y me llevó una sorpresa: inducido seguramente por las condiciones de exigüidad del local, Moris ha desarrollado un estilo más íntimo, más sosegado, que recuerda al de los "chansonniers" franceses. El "rock" que hace ha dejado de ser impositivo y machacón, para adquirir intensidad, para convertirse en un instrumento de comunicación entre cantante y público. Aunque su figura, su imagen escénica, responde a la pauta del "rock" heroico —recuerda un poco al viejo y entrañable Jerry Lee Lewis, y a veces hace incluso pensar en una especie de Lou Reed cargado de salud—, su actuación nada tiene que ver con esto: es reposada, serena y nada violenta, a pesar de la dureza